

COLABORACION DE NUESTROS JÓVENES SOLDADOS

¡CONTEMPLA, OH ALMA!..

Contempla oh alma, en la cruz clavado,
 Quien a ti te dió el sér y te da vida;
 Siendo por su sangre redimida,
 eres tú quién lo has crucificado.

Cruelísimas espinas son tus faltas,
 que a diario clavabas en sus sienas
 y así en la cruz a todo un Dios detienes
 cada vez que sus leyes tú quebrantas.

Levanta ya tus ojos compungida;
 el lozadal mundano deja aparte;
 medita en la pasión por Él sufrida.

En la cruz de dolor que tú clavaste
 y arderás, en amor enfevecida
 hacia un Dios que tú crucificaste.

GASPAR SIMÓN GIL

(Militante de nuestro Centro; ausente a Larache)

Dignidad del Sacerdote

El género humano ha experimentado siempre, la necesidad de tener sacerdotes que fuesen medianeros entre Dios y los hombres, para ofrecer a Dios oraciones y sacrificios públicos en nombre de la sociedad. En todos los pueblos hallamos al sacerdote, aunque muchas veces al servicio de falsas divinidades. Donde quiera que se profesa una religión, donde quiera que se levantan altares, allí hay también un sacerdote rodeado de especiales muestras de veneración y honor.

Pero a la espléndida luz de nuestra amada Religión Católica, el sacerdote aparece revestido de una dignidad sin comparación mayor; es un hombre tomado entre los hombres pero constituido ministro del Señor. Su misión no tiene por objeto las cosas humanas y

transitorias, por altas e importantes que parezcan, sino las cosas divinas y eternas; cosas que por ignorancia podrán ser combatidas con malicia y furor diabólicos, como una triste experiencia lo ha demostrado en esta guerra pasada, pero que ocupan siempre el primer lugar en las aspiraciones individuales y sociales de la humanidad, la cual, irresistiblemente, siente en sí que ha sido creada para Dios y que no puede descansar sino en Él.

El sacerdote es ministro de Jesucristo; por lo tanto, es el continuador de su obra redentora en toda su eficacia divina. Por esto con mucha razón se dice que es otro Cristo, porque continua el mismo Jesucristo: «Así como el Padre me envió a Mí, así os envío Yo a vosotros.»

(Sigue página 6)